

Año LXXXI

MAYO DE 1938

Núm. 6

BOLETÍN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Exhortación Pastoral.—Circular sobre preces al Espíritu Santo.—Circular sobre el Triduo Eucarístico.—Obispado de Córdoba. Circular.—Carta Encíclica de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich Germánico.—Necrologías.

CÓRDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6

Miércoles 25 de Mayo de 1938

111

AÑO LXXXI



NÚM. VI

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CÓRDOBA

EXHORTACIÓN PASTORAL

A nuestros muy amados diocesanos:

Al aproximarse el mes de Junio, consagrado por la santa Madre Iglesia al culto del Corazón Sacratísimo de Jesús, es obligado acercarnos más, si cabe, que en el resto del año, a ese horno encendido de inmensa caridad pidiendo que sus llamas dulcísimas invadan y consuman a los hombres todos. Desde las flores de Mayo pasamos a las místicas espinas que rodean el Corazón de Jesús, y en verdad que siempre ha sido la Santísima Virgen el camino más corto y más seguro para llegar a Jesucristo, tomar su cruz y seguirle.

Pero es que si podemos contemplar constantemente en ese divino Corazón el iris de nuestras inmortales esperanzas, centro de la vida de la Iglesia, arca de los tesoros divinos, y sede de la infinita benevolencia de Dios para con los hombres, pronta a derramarse por el mundo, parece que en las actuales circunstancias de tanto dolor, se agiganta la significación de este gran objeto de nuestros amores y el simbolismo dulce y arrobador que le circunda, adquiere un relieve extraordinariamente mayor que de ordinario.

Frente al vendabal desatado de odios crueles y sanguinarios que, como soplo maldito del infierno, se levantó contra nuestra amada Patria, amontonando a su paso los cadáveres de los mejores de sus hijos y las ruinas ingentes de sus templos y de su cultura, hemos de oponer nosotros, cual antítesis categórica, el Corazón del Redentor de la Humanidad, manantial perenne de aquellos amores infinitos del Verbo de Dios que le impulsaron a descender del Cielo, visitarnos con entrañas de misericordia y habitar con nosotros para remediar nuestros males. Nada produce más grata impresión al espíritu en la lectura de las divinas narraciones evangélicas que la paternal solicitud con que acude el Salvador a socorrer las necesidades de los hombres. En el desarrollo de su vida pública, para que aquellos que no daban crédito a su palabra se rindieran a la avasalladora elocuencia de los hechos, realizó milagros de todos los órdenes y al imperio de su palabra se echaron mansas a sus pies las más ocultas y poderosas energías del universo. Multiplicando el pan en el desierto, arrancando sus presas a la muerte, acallando la furia de los vientos y los mares, andando con serena majestad sobre las aguas, despierta la admiración de cuantos le rodean porque ven en El una virtud desconocida que domina los elementos y hace temblar a las potestades del averno. Entonces se presenta como el Señor a quien las criaturas rinden vasallaje, porque todas por El han sido hechas y como el Hijo de Dios a quien ha dado el Padre todo poder en el cielo y en la tierra. Mas no es este el ordinario empleo de su omnipotencia. El, que había venido para tomar sobre sí nuestras dolencias y cargar con nuestras penalidades, tendió desde el primer momento su mirada compasiva a los enfermos y los pobres y, mientras alimentaba a estos con el pan espiritual de su doctrina, devolvía la salud a aquellos con la virtud divina que emanaba de su Humanidad sacratísima; por eso al camino le salen ciegos y leprosos, los que tienen enfermos en sus casas los conducen a su presencia para que, imponiéndoles las manos, les devuelva la salud; y a su paso por las aldeas y ciudades se llenaban las plazas de enfermos que tenían certeza de sanar, solo con poder tocar la fimbria de su manto.

Ningún símbolo más apropiado, amadísimos hijos, para expresar la altísima misión que venía a desempeñar entre los hom-

bres, que este anhelo de curar las enfermedades corporales, acabada imagen de aquellas otras enfermedades y lacerias del espíritu que exigían, para su curación, el bálsamo divino de su preciosa sangre tan generosamente derramada en lo alto de la Cruz; simbolismo que El hizo resaltar, mientras comía acompañado de publicanos y pecadores, respondiendo a las murmuraciones de los fariseos con estas palabras: *no necesitan del médico los que están sanos, sino los enfermos; por eso yo no he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores*; y muchos sagrados intérpretes exponen la hermosa parábola del Samaritano, descubriendo en este piadoso peregrino al Verbo Eterno de Dios que desciende del trono de su gloria para curar a la humanidad herida y expoliada por la primera culpa.

Pero no terminó la bienhechora influencia de Jesucristo con los días de su vida mortal; desde el Cielo, donde reina glorioso a la diestra de su Padre, sigue curando las dolencias de la humanidad redimida con su sangre, deparando en su providencia un supremo recurso con que salvar al hombre. El Redentor del género humano que había determinado traer a Sí todas las cosas desde lo alto de la Cruz, atrajo por maravilloso modo a su sierva Margarita María de Alacoque para que penetrando en su Corazón gustara en su fuente misma la inefable dulzura de su amor inmenso y la difundiera entre los hombres, y así, estando la humilde religiosa en presencia del Santísimo Sacramento, completamente olvidada de sí misma, se le apareció nuestro adorable Redentor y le descubrió las maravillas de su amor y los secretos inefables de su Corazón. Aparecía este descansando en un trono de llamas, resplandeciente como el sol y transparente como el cristal; destacábase visiblemente la herida adorable que recibió en la Cruz y una corona de espinas rodeaba este divino Corazón rematado por el signo de la redención. «Mi Corazón, le dijo Jesús, está de tal manera enamorado de los hombres que no pudiendo contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, necesita derramarlas por tu mediación y manifestarse a ellos para enriquecerlos con preciosísimos tesoros». El Salvador le manifestó que le sería en extremo agradable ser honrado en la figura de su Corazón, cuya imagen quería que fuese expuesta en público, prometiendo por ello singulares bendiciones y gracias.

Esta es, como todos sabéis, amadísimos hijos, la naturaleza del culto público al Sagrado Corazón y, no permitiéndonos la brevedad que nos hemos impuesto en la presente exhortación hablaros de esta tierna devoción, tan extensamente como fuera nuestro deseo, añadiremos solamente, a las consideraciones de años anteriores, el carácter *expiatorio* y *reparador* que requieren las horas amargas que vivimos y que concretó categóricamente el mismo Salvador en las sucesivas apariciones a la que es hoy Santa Margarita de Alacorque, a quien, exponiendo las inexplicables maravillas de su ardiente caridad y a qué extremos había llevado su amor a los hombres, de quienes no recibía más que ingratitudes y desprecios, le dijo: «Esto me es más sensible que todos los tormentos de mi pasión, tanto que si los hombres correspondieran de alguna manera a mi amor, poco me parecería cuanto por ellos hice, y aun deseara hacer más, si posible fuera. Pero no tienen más que frialdades y repulsas para mi diligencia en hacerles bien. Tu, al menos, dame la satisfacción de suplir sus ingratitudes en la medida de tus fuerzas; recibe la Sagrada Comunión con la frecuencia que te sea posible, acércate a comulgar todos los primeros viernes de cada mes. En la noche del jueves al viernes te haré participar de la mortal tristeza que experimenté en el huerto de las Olivas. Acompañándome en aquella humilde oración que dirigí a mi Padre en medio de mis angustias, te postrarás una hora cosiendo tu rostro con la tierra, tanto para aplacar la divina cólera pidiendo misericordia para los pecadores, como para mitigar en cierto modo la amargura que me produjo el abandono de mis Apóstoles». Así precisa el Salvador, no solo el carácter satisfactorio y reparador de esta devoción, sino los mismos actos que la componen. De igual manera que El, impecable por naturaleza, incontaminado y segregado de los pecadores, ofreció a su Padre todos los actos de su vida mortal en expiación de las ofensas de los hombres, dándole satisfacción condigna en lo alto de la Cruz, donde destruyó el decreto que contra nosotros estaba dado y estableció una paz eterna reconciliando la tierra con el Cielo, así quiere que las almas justas reparen, en la medida de sus fuerzas, los agravios que infieren los hombres a su divino Corazón, ofrendándole, no solo las mortificaciones y sacrificios voluntarios, sino aquellas tribu-

laciones y dolores que, como prendas de su amor, regala a sus almas predilectas.

Y ¿quién puede dudar del alto valor expiatorio de las tribulaciones, ni de la suma complacencia con que Dios acoge estas sublimes manifestaciones de la verdadera caridad, en las que considerándose todos los cristianos como miembros de un mismo cuerpo, expían unos y contrarrestan con sus virtudes los pecados de los otros?

Pero siendo tan poco lo que de nosotros mismos podemos ofrecer, ya que solo somos *abismos de indignidad e ignorancia*, incapaces de expiar debidamente nuestras propias culpas, quiere el Salvador que le ofrezcamos algo que tiene un valor intrínseco infinito y encierra una expiación tan perfecta, que no solo contrarresta las ofensas de los hombres, sino que atrae sobre ellos el celestial rocío de las divinas misericordias; es el mismo Sacrificio del Calvario representado en la Sagrada Eucaristía, compendio de los amores de Jesús y recuerdo perenne de su pasión y muerte. El divino Maestro significó a la humilde Salesa de Paray cuánto le consolaría la Comunión frecuente recibida para desagraviarle y sus deseos de que se extendiera la práctica de la Comunión reparadora. ¿Qué otra cosa de más valor, amadísimos hijos, podremos ofrecer al Corazón divino de Jesús para reparar las ofensas de la mayor parte de los hombres que, desoyendo los requerimientos de su amor, desprecian los tesoros de celestiales gracias ocultos en los sacramentos y viven cortando siempre los dorados lazos con que quiere atraerlos a Sí mismo? ¿Qué otro homenaje podemos rendirle que de más adecuada manera pueda reparar la ingratitud de los que pareciendo amigos suyos, le reciben irreflexiblemente, con tibieza de espíritu y acaso sin limpieza de conciencia? ¿Qué medio más eficaz que la Comunión reparadora para detener el brazo de la divina cólera y lograr de la infinita misericordia del Altísimo una mirada de compasión para esos desgraciados que en este último bienio, de tan terrible recordación, han llevado su odio satánico a los altares y a los Sagrarios cemetiendo las más horrendas profanaciones y los sacrilegios más espantosos?

Como complemento de esta obra de reparación, quiere Jesús que, uniéndonos en espíritu a su adorable Corazón, veneremos

en El aquella sagrada víscera que impulsaba y recogía la preciosa sangre que derramada hasta la última gota fué el precio de nuestro rescate; aquel Corazón que palpitaba fuertemente rendido de cansancio junto al pozo de Jacob y dominado por las más intensas emociones, oyó latir el discípulo predilecto la noche de la Cena; aquel Corazón que desmayaba oprimido por las mortales congojas de Getsemaní y dejó de palpitarse agobiado por las supremas agonías del Calvario; aquel Corazón que abierto por la lanza patentizó al mundo que nada quedaba por entregar al que por nosotros se ofreció a Sí mismo; pero que veneremos a la vez aquel amor infinito que le hizo descender del Cielo para redimirnos, que informó las acciones todas de su vida, que le produjo los inefables deliquios del Cenáculo, que le llevó sumiso y obediente a la cima del Calvario y le hace permanecer oculto en el Sagrario, a pesar de las ingraticudes y desvíos de los hombres.

Es aquí, en el Sagrario, a. h., donde el Corazón de Jesús se muestra más enamorado de los hombres. ¿Cómo no aprovechar esta ocasión para exhortaros con el máximo interés a que acudais a menudo—diariamente si os fuera posible—a recibir en la sagrada Mesa el Pan de los Angeles? No está reservada exclusivamente esta gracia para los que han llegado a la cumbre de la vida espiritual, repetimos las palabras del Redentor: *Son los enfermos los que necesitan del médico*, y en la Comunión frecuente el espíritu se fortalece para hacer frente y vencer al enemigo.

Y porque es la Sagrada Eucaristía la cifra de los amores de Jesús y en ella se ponen de manifiesto todos los sentimientos de su Corazón santísimo, os recomendamos, una vez más, todas aquellas manifestaciones de piedad que tienen por objeto el augusto Sacramento de los altares y de un modo especial la práctica de la visita diaria a Jesús Sacramentado. Parece increíble que siendo no pequeño el número de fieles que hacen vida de piedad, estén de ordinario tan solitarias las iglesias, sean contados los que segregan del tiempo destinado a sus distracciones unos minutos para hacer compañía al dulce Prisionero del Sagrario. No han gustado las delicias de ese rato de intimidad en que expone el alma a Jesucristo sus tribulaciones, sus peligros,

sus cuidados, sus necesidades, y la regala el Salvador con celestiales consolaciones, con saludables inspiraciones y gracias abundantes y extraordinarias; no saben cuanto agradan a Jesús las sinceras y francas expansiones del alma que no le olvida y cotidianamente acude al Sagrario en santa y humilde confianza.

Es necesario, amadísimos hijos, que se despierte en vosotros una santa emulación en los amores del Sagrario, que acudais a formar corte de honor a Jesús Sacramentado cuando por cualquier motivo fuere expuesto en las iglesias, que os impongais la obligación de acompañarle cuando sale como Viático, siempre que vuestras obligaciones os lo consientan y rivalizad en que la procesión del Santísimo Corpus revista aquella religiosidad y esplendor que acostumbraba darle la acendrada piedad de nuestros padres asistiendo con el espíritu que en nuestra Pastoral de Mayo del año anterior indicábamos.

Celebrad la próxima fiesta del Sagrado Corazón con ferviente y encendido amor; ofreced en ese día la Comunión reparadora, y unidos todos en estrecho haz levantemos al Cielo un grito de dolor y de esperanza; de dolor por lo que llora España y de esperanza porque se acerca el anhelado fin de su Calvario.

Para hacer dulce violencia al Corazón divino de Jesús a fin de que acelere al ansiado día de la paz, queremos que en las iglesias de nuestra amada Diócesis se celebren con el mayor esplendor y piedad los cultos del mes de Junio, enriquecidos por la Santa Sede con muchas indulgencias y por nuestra parte concedemos *cincuenta días* por la asistencia a cada uno de los actos y damos a todos nuestros queridos hijos la bendición Pastoral.

Córdoba, 20 de Mayo de 1938.

† **Adolfo, OBISPO DE CÓRDOBA.**

Léase esta exhortación a los fieles.

Se recuerda el precepto impuesto por Su Santidad en la Encíclica «Miserentissimus Redemptor» de recitar el día de la fiesta del Divino Corazón el acto de desagravio ante el Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto, con las letanías del Sagrado Corazón,

Así mismo, estando celebrándose actualmente en Budapest el XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, los señores Curas organizarán en sus respectivas Parroquias una Comunión general para el día 29 del corriente, excitando a sus feligreses a que se unan en espíritu al Congreso, con lo cual, además de lucrar las indulgencias concedidas con motivo del mismo, hallarán ocasión de desagraviar a Jesús Sacramentado por los muchos ultrajes que ha recibido en la persecución desencadenada por el marxismo contra la Iglesia en nuestra amada Patria.

Por último los señores Párrocos darán cumplimiento a lo dispuesto en la Exhortación Pastoral publicada en el número X del BOLETÍN ECLESIASTICO de 1924, relativa a la conmemoración del grandioso acontecimiento realizado el 30 de Mayo de 1919 en el Cerro de los Angeles, promoviendo los actos que en ella se señalan como piadosa rogativa en bien de nuestra querida España y como reparación por la destrucción sacrílega de aquel suntuoso Monumento.

Circular sobre preces al Espíritu Santo

Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, de feliz memoria, en su Encíclica *Divinum illud*, dispuso que se hicieran preces especiales al Espíritu Santo en los nueve días que preceden a la fiesta de Pentecostés y en los ocho días subsiguientes, cuyo mandato fué también reiterado por el Sumo Pontífice Pío X, de gloriosa recordación, y Nos deseamos tenga el debido cumplimiento,

Al efecto tendrán presente los señores Curas o encargados de Iglesias las disposiciones que sobre el particular se han dado y se reproducen para el año actual, las cuales se encuentran en las circulares de 23 de Mayo y 19 de Junio de 1897, insertas en los números VII y IX del BOLETÍN ECLESIASTICO de dicho año, procurando excitar a los fieles a tan piadosos actos, para secundar los importantes fines que la Santa Iglesia ha perseguido al prescribirlos.

Los que asistan a dichos cultos pueden lucrar siete años y siete cuarentenas de perdón por cada día que lo hicieran, y una indulgencia plenaria confesando y comulgando en cualquiera de los del Novenario o en la fiesta de Pentecostés, o también en cualquiera de los ocho restantes, uniendo su intención a la del Romano Pontífice.

Los que privada o públicamente oren al Espíritu Santo, con la debida intención, en los ocho días que siguen a la fiesta de Pentecostés y cumplan las condiciones exigidas, podrán lucrar otra vez una y otra indulgencias, la plenaria y las parciales.

Córdoba, 16 de Mayo de 1938.

† ADOLFO, OBISPO DE CÓRDOBA,

CIRCULAR SOBRE EL TRIDUO EUCARÍSTICO

La Sagrada Congregación de Indulgencias, en sus Letras de 10 de Abril de 1907, dispuso que todos los años se hiciera un triduo de oraciones en honor del Santísimo Sacramento.

Para cumplimentar tan soberana disposición se adoptaron en esta nuestra Diócesis varias resoluciones que se hallan consignadas en el número X del BOLETÍN ECLESIASTICO del año 1913.

Renovamos los mandatos contenidos en referida Circular, encareciendo su más exacto cumplimiento a todos aquellos a quienes interesa.
Córdoba, 16 de Mayo de 1938.

† ADOLFO, OBISPO DE CÓRDOBA.

Obispado de Córdoba.—Circular

En virtud de las facultades Apostólicas que Nos han sido otorgadas por la S. C. del Concilio, en Rescripto recientemente obtenido, venimos en autorizar y autorizamos a todos los Sacerdotes de esta nuestra Diócesis, que con nuestra licencia dupliquen la Santa Misa, para que, por otros cinco años, puedan recibir estipendio por la segunda Misa que celebren, con la obligación de cederlo íntegramente en favor de nuestro Seminario diocesano, para atender a las crecientes necesidades del mismo.

Los señores Sacerdotes cuidarán de remitir a nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno, a la terminación de cada trimestre, el importe de los estipendios recibidos durante el mismo, juntamente con una relación de las Misas segundas celebradas y limosnas percibidas por ellas cada día.

Córdoba, 23 de Mayo, de 1938.

† **El Obispo.**

—El Conceptor

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE EL PAPA PIO XI

Sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich Germánico

A los venerables Hermanos Arzobispos y Obispos de Alemania y a los demás Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica,

VENERABLES HERMANOS.

SALUD Y APOSTÓLICA BENDICIÓN.

Con viva ansia y con estupor siempre creciente venimos observando desde hace tiempo la vía dolorosa de la Iglesia y el progresivo agudizarse de la opresión de los fieles que le han permanecido devotos en el espíritu y en la obra; y todo esto en aquella tierra y en medio de aquel pueblo, al que San Bonifacio llevó un día el luminoso y alegre mensaje de Cristo y del Reino de Dios.

Esta Nuestra ansia no ha sido aliviada por las relaciones que los Reverendísimos Representantes del Episcopado, conforme a su deber Nos dieron ajustadas a verdad, al visitarnos durante Nuestra enfermedad. Junto a muchas noticias que Nos consolaron y confortaron acerca de la lucha sostenida por sus fieles por causa de la religión, no pudieron pasar en silencio, a pesar de su amor al propio pueblo y a su patria y el cuidado de expresar un juicio bien ponderado, otros innumerables sucesos tristes y reprobables. Cuando Nos oímos sus relatos, con profunda gratitud a Dios pudimos exclamar con el Apóstol del amor: «En ninguna cosa tengo mayor contento que cuando oigo que mis hijos van por el camino de la verdad» (3 Jo. 4). Pero la franqueza que conviene a la grave responsabilidad de Nuestro ministerio Apostólico, y la decisión de presentar ante Vosotros y ante todo el mundo cristiano la realidad en toda su crudeza, exigen también que añadamos: No tenemos ansia mayor, ni más cruel aflicción pastoral, que cuando oímos: muchos abandonan el camino de la verdad (cfr. 2 Petr., 2, 2).

1.—El Concordato

Cuando Nos, Venerables Hermanos, en el verano de 1933, a instancia del gobierno del Reich, aceptamos el reanudar las gestiones para un Concordato, tomando por base un proyecto elaborado ya varios años antes, y llegamos así a un acuerdo solemne que satisfizo a todos Vosotros, tuvimos por móvil la obligada solicitud de tutelar la libertad de la misión salvadora de la Iglesia en Alemania y de asegurar la salvación de las almas a ella confiadas, y al mismo tiempo el sincero de-

seo de prestar un servicio de interés capital al pacífico desenvolvimiento y al bienestar del pueblo alemán.

A pesar de muchas y graves preocupaciones, determinamos entonces, no sin violentarnos, no negar Nuestro consentimiento. Queríamos ahorrar a Nuestros fieles, a Nuestros hijos y a Nuestras hijas de Alemania, en lo humanamente posible, las situaciones violentas y las tribulaciones que, en caso contrario, habrían sido de esperar con certeza, dadas las condiciones de los tiempos. Y queríamos demostrar con hechos a todos que Nos, buscando a solo Cristo y lo que a Cristo pertenece, no rehusamos a nadie, si él mismo no la rechaza, la mano pacífica de la Madre Iglesia.

Si el árbol de la paz, por Nos plantado en tierra alemana con pura intención, no ha producido los frutos por Nos anhelados en interés de vuestro pueblo, no habrá nadie en el mundo entero, con ojos para ver y oídos para oír, que pueda decir, todavía hoy, que la culpa es de la Iglesia y de su Cabeza Suprema. La experiencia de los años transcurridos hace patentes las responsabilidades y descubre maquinaciones que, ya desde el principio, no se propusieron otro fin que una lucha hasta el aniquilamiento.

En los surcos donde Nos habíamos esforzado en echar la simiente de la verdadera paz, otros esparcieron—como el *inimicus homo* de la Sagrada Escritura (Mat. 13, 25)—la cizaña de la desconfianza, de la discordia, del odio, de la difamación, de una aversión profunda, oculta y manifiesta, contra Cristo y su Iglesia, desencadenando una lucha que se alimentó en mil fuentes diversas, y se sirvió de todos los medios. Sobre ellos, y solamente sobre ellos y sobre sus protectores, ocultos o manifiestos, recae la responsabilidad, si en el horizonte de Alemania aparece no el arco iris de la paz, sino el nubarrón amenazador de disolventes luchas religiosas.

Venerables Hermanos: Nos no Nos hemos cansado de hacer presente a los dirigentes, responsables de la suerte de vuestra nación, las consecuencias que se derivarían necesariamente de la tolerancia, o peor aún, del favor prestado a aquellas corrientes. Hemos apelado a todo para defender la santidad de la palabra solemnemente dada, y la inviolabilidad de las obligaciones voluntariamente contraídas, contra teorías y prácticas que, si hubiesen llegado a admitirse oficialmente, habrían disipado toda esperanza y desvalorizado intrínsecamente toda palabra dada, aún para el porvenir. Si llega el momento de exponer a los ojos del mundo estos nuestros esfuerzos, todos los bien intencionados sabrán dónde hay que buscar los defensores de la paz y dónde sus perturbadores. Todo el que haya conservado en su ánimo un residuo de amor a la verdad, y en su corazón una sombra del sentido de justicia, tendrá que admitir que en los años difíciles y gravemente azarosos que siguieron al Concordato, cada una de Nuestras palabras y de Nuestras acciones tuvo por norma la fidelidad a los acuerdos esti-

pulados. Pero deberá también reconocer, con estupor y con íntima repulsa, cómo por la otra parte se ha erigido en norma ordinaria el desfigurar arbitrariamente los pactos, eludirlos, desvirtuarlos y finalmente violarlos más o menos abiertamente.

La moderación por Nos hasta aquí mostrada, a pesar de todo esto, no Nos ha sido sugerida por cálculos de intereses terrenos, ni mucho menos por debilidad, sino simplemente por la voluntad de no arrancar, junto con la cizaña, alguna planta buena; por la decisión de no pronunciar públicamente un juicio, antes que los ánimos estuviesen dispuestos a reconocer lo ineludible del caso; por la resolución de no negar definitivamente la fidelidad de otros a la palabra empeñada, antes que el duro lenguaje de la realidad hubiese arrancado los velos con que se ha sabido y se pretende aún ahora disfrazar, conforme a un plan predeterminado, el ataque contra la Iglesia. Todavía hoy—cuando la lucha abierta contra las escuelas confesionales, tuteladas por el Concordato, y la supresión de la libertad de voto para aquellos que tienen derecho a la educación católica, manifiestan, en un campo particularmente vital para la Iglesia, la trágica gravedad de la situación, y una jamás vista presión espiritual de los fieles—la solicitud paternal por el bien de las almas Nos aconseja no dejar de considerar las perspectivas, si bien escasas, que puedan aún subsistir de una vuelta a la fidelidad de los pactos y a un acuerdo permitido por Nuestra conciencia.

Secundando los ruegos de los Reverendísimos miembros del Episcopado no Nos cansaremos aun en lo futuro de defender el derecho conculcado entre los dirigentes de vuestro pueblo,—despreocupados del éxito o del fracaso del momento—obedientes solo a Nuestra conciencia y a Nuestro ministerio Pastoral, y no cesaremos de oponernos a una mentalidad que intenta, con abierta u oculta violencia, sofocar el derecho, autenticado por documentos.

Sin embargo, el fin de la presente Carta, Venerables Hermanos, es otro. Como vosotros Nos visitasteis amablemente durante Nuestra enfermedad, así Nos hoy nos dirigimos a vosotros y, por vuestro conducto, a los fieles católicos de Alemania, los cuales, como todos los hijos que sufren y son perseguidos, están muy cerca del corazón del Padre Común. En esta hora en que su fe está siendo probada, como oro de ley, en el fuego de la tribulación y de la persecución, insidiosa o manifiesta, y están contrañidos por mil formas de metódica compresión en su libertad religiosa, viviendo angustiados por la imposibilidad de tener información verdadera y de defenderse con medios normales, tienen doble derecho a una palabra de verdad y de estímulo moral por parte de Aquel a cuyo primer predecesor dirigió el Salvador aquella palabra llena de significado: «Yo he rogado por tí, para que tu fe no vacile, y tú a tu vez fortalece a tus hermanos» (Luc. 22, 32).

2.—Genuina fe en Dios

Y ante todo, Venerables Hermanos, cuidad que la fe en Dios, primer e insustituible fundamento de toda la religión, permanezca pura e íntegra en las regiones alemanas. No puede tenerse por creyente en Dios el que emplea el nombre de Dios retóricamente, sino sólo el que une a esta venerada palabra una digna noción de Dios.

Quien, con indeterminación panteística, identifica a Dios con el universo, materializando a Dios en el mundo o deificando al mundo en Dios, no pertenece a los verdaderos creyentes.

Ni es tal quien, siguiendo una pretendida concepción precristiana del antiguo germanismo, pone en lugar del Dios personal el hado sombrío e impersonal, negando la sabiduría divina y su providencia, la cual «con fuerza y dulzura domina de un confín a otro del mundo (Sap. 8, 1) y todo lo dirige a buen fin. Semejante hombre no puede pretender ser contado entre los verdaderos creyentes.

Si la raza o el pueblo, si el Estado o una forma determinada del mismo, si los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto; con todo, quien los arranca de esta escala de valores terrenales elevándolos a suprema norma de todo, aún de los valores religiosos, y divinizándolos con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios, está lejos de la verdadera fe y de una concepción de la vida conforme a ella.

Fijad, Venerables Hermanos, la atención en el abuso creciente, que se manifiesta en palabras y por escrito, de emplear el nombre tres veces santo de Dios como etiqueta vacía de sentido para un producto más o menos arbitrario de un ansia o aspiración humana; y procurad que tal aberración halle entre vuestros fieles la vigilante repulsa que merece. Nuestro Dios es el Dios personal, transcendente, omnipotente, infinitamente perfecto, uno en la trinidad de las personas y trino en la unidad de la esencia divina, creador del universo, señor, rey y último fin de la historia del mundo, el cual no admite, ni puede admitir otras divinidades junto a sí.

Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de tiempo y espacio, de región y raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre todo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones. Gobernantes y gobernados, coronados y no coronados, grandes y pequeños, ricos y pobres dependen igualmente de su palabra. De la totalidad de sus derechos de Creador dimana esencialmente su exigencia de una obediencia absoluta por parte de los individuos y de toda sociedad. Y tal exigencia de una obediencia absoluta se extiende a todas las esferas de la vida, en las que cuestiones de orden moral reclaman la conformidad con la ley divina y, por esto mismo, la armonía de los mudables ordenamientos humanos con el conjunto de los inmutables mandatos divinos.

Solamente espíritus superficiales pueden caer en el error de hablar de un Dios nacional, de una religión nacional, y emprender la loca tarea de aprisionar en los límites de un pueblo solo, en la estrechez de una sola raza, a Dios, Creador del mundo, rey y legislador de los pueblos, ante cuya grandeza las naciones son pequeñas como gotas en una jofaina de agua (Isaías, 40, 15).

Los Obispos de la Iglesia de Cristo «encargados de las cosas concernientes a Dios» (Hebr. 5, 1) deben vigilar para que no arraiguen entre los fieles tales perniciosos errores, a los que suelen seguir prácticas aún más perniciosas. Es de su sagrado ministerio hacer todo lo posible para que los mandamientos de Dios sean considerados y practicados como obligaciones inconcusas de una vida moral y ordenada, tanto privada como pública; los derechos de la majestad divina, el nombre y la palabra de Dios no sean profanados (Tito, 2, 5); las blasfemias contra Dios en palabras, escritos e imágenes, numerosas a veces como la arena del mar, sean reducidas a silencio, y frente al espíritu tenaz e insidioso de los que niegan, ultrajan y odian a Dios, no languidezca nunca la plegaria reparadora de los fieles, que suba continuamente al Altísimo, deteniendo su mano vengadora.

Nos os damos gracias, Venerables Hermanos, a vosotros, a vuestros sacerdotes y a todos los fieles que, defendiendo los derechos de la divina Majestad contra un provocador neopaganismo, apoyado desgraciadamente con frecuencia por personalidades influyentes, habéis cumplido y cumplís vuestro deber de cristianos. Esta gratitud es particularmente íntima y llena de reconocida admiración para aquellos que en el cumplimiento de este su deber se han hecho dignos de sufrir por la causa de Dios sacrificios y dolores.

3.—Genuina fe en Jesucristo

La fe en Dios no se mantendrá por mucho tiempo pura e incontaminada si no se apoya en la fe en Jesucristo. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar» (Math. II, 27) «Esta es la vida eterna, que ellos te reconozcan a ti, único verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo» (Jo. 17, 3). A nadie por tanto es lícito decir: yo creo en Dios y esto basta para mi religión. La palabra del Salvador no deja lugar a tales escapatorias: «El que niega al Hijo no tiene tampoco al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre» (I, Jo. 2, 23).

En Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, apareció la plenitud de la revelación divina. «En diferentes ocasiones y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas. En la plenitud de los tiempos nos ha hablado a nosotros por medio de su Hijo» (Hebr. I, 1 ss.)

Los libros santos del Antiguo Testamento son todos palabra de Dios, parte orgánica de su revelación. Conforme al desarrollo gradual

de la revelación, en ellos aparece el crepúsculo del tiempo que debía preparar el pleno mediodía de la redención. En algunas partes se habla de la imperfección humana, de su debilidad y del pecado, como no puede ser de otro modo cuando se trata de libros de historia y de legislación. Aparte de otras innumerables cosas altas y nobles, hablan de la tendencia superficial y materialista que se manifestaba reiteradamente a intervalos en el pueblo de la antigua alianza, depositario de la revelación y de las promesas de Dios. Pero no puede menos de notar cualquiera que no esté cegado por el prejuicio o por la pasión que lo que más luminosamente resplandece, apesar de la debilidad humana de que habla la historia bíblica, es la luz divina del camino de la salvación, que triunfa al fin de todas las debilidades y pecados.

Y precisamente sobre este fondo, con frecuencia sombrío, la pedagogía de la salvación eterna se ensancha en perspectivas, las cuales a un tiempo dirigen, amonestan, sacuden, consuelan y hacen felices. Sólo la ceguera y tozudez pueden hacer cerrar los ojos ante los tesoros de saludables enseñanzas encerrados en el Antiguo Testamento. Por esto el que pretende desterrar de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y las sabias enseñanzas del Antiguo Testamento, blasfema la palabra de Dios, blasfema el plan de la salvación dispuesto por el Omnipotente y erige en juez de los planes divinos un angosto y mezquino pensar humano. Ese tal niega la fe en Jesucristo, nacido en la realidad de su carne, el cual tomó la naturaleza humana de un pueblo, que más tarde había de crucificarle. No comprende nada del drama mundial del Hijo de Dios, el cual opuso al crimen de sus crucifijos, en calidad de sumo sacerdote, la acción divina de la muerte redentora, dando de esta forma al Antiguo Testamento su cumplimiento, su fin y la sublimación en el Testamento Nuevo.

La revelación que culminó en el Evangelio de Jesucristo es definitiva y obligatoria por siempre, no admite complementos de origen humano y, mucho menos, sucesiones o sustituciones por «revelaciones» arbitrarias, que algunos charlatanes modernos querrían hacer derivar del llamado mito de la sangre y de la raza. Desde que Cristo, el Ungido del Señor, consumó la obra de la redención, quebrantando el dominio del pecado y mereciéndonos la gracia de llegar a ser hijos de Dios, desde aquel momento no se ha dado a los hombres ningún otro nombre bajo el cielo, para conseguir la bienaventuranza, sino el nombre de Jesús (Act. Ap. 4, 12). Por más que un hombre condensara en sí toda sabiduría, todo poder y toda la pujanza material de la tierra, no podría asentar fundamento diverso del que Cristo ha puesto (I Cor, 3, II) En consecuencia, aquel que con sacrílego desconocimiento de la diferencia esencial entre Dios y la criatura, entre el Hombre-Dios y el simple hombre, osase poner al nivel de Cristo o, peor aún, sobre El o contra El, a un simple mortal, aunque fuese el más grande de todos los tiempos, sepa que es un profeta de quimeras, a quien se aplica es-

pantosamente la palabra de la Escritura: «El que habita en el cielo se burla de ellos» (Ps. 2, 4).

4.—Genuina fe en la Iglesia

La fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está sostenida y defendida por la fe en la Iglesia, columna y fundamento de la verdad (I Tim., 3, 15). Cristo mismo, Dios eternamente bendito, ha erigido esta columna de la fe; su mandato de escuchar a la Iglesia (Math., 18, 17) y de percibir, en las palabras y los mandatos de la Iglesia, sus mismas palabras y sus mismos mandatos (Luc., 10, 16), tiene valor para todos los hombres de todos los tiempos y de todas las regiones.

La Iglesia, fundada por el Salvador, es única para todos los pueblos y para todas las naciones, y bajo su bóveda, que cobija como el firmamento al universo entero, hallan puesto y asilo todos los pueblos y todas las lenguas, y pueden desarrollarse todas las propiedades, cualidades, misiones y cometidos que han sido señalados por Dios creador y salvador a los individuos y a las sociedades humanas. El amor maternal de la Iglesia es tan generoso que ve en el desarrollo de tales peculiaridades y cometidos particulares, conforme al querer de Dios, la riqueza de la variedad más bien que el peligro de escisiones, se goza en el elevado nivel espiritual de los individuos y de los pueblos, descubre con alegría y enternecimiento maternal en sus genuinas actuaciones fruto de educación y de progreso, que bendice y promueve, siempre que pueda hacerlo con verdad. Pero sabe también que a esta libertad le han sido señalados los límites por disposición de la divina majestad, que ha querido y ha fundado esta Iglesia como unidad inseparable en sus partes esenciales. El que atenta contra esta intangible unidad quita a la esposa de Cristo una de sus diademas con que Dios mismo la ha coronado; somete el edificio divino, que descansa en cimientos eternos, a la revisión y a la transformación por parte de arquitectos a quienes el Padre Celestial no ha concedido poder alguno.

La divina misión que la Iglesia cumple entre los hombres, y debe cumplir por medio de hombres, puede ser dolorosamente oscurecida por lo humano, quizás demasiado humano, que, en ciertos tiempos, retoña como cizaña entre el trigo del reino de Dios. El que conozca la frase del Salvador acerca de los escándalos y de quienes los dan, sabe como la Iglesia y cada individuo deben juzgar sobre lo que fué y es pecado. Pero quien, fundándose en estos lamentables contrastes entre fe y vida, entre palabra y acción, entre el continente exterior y el sentir interior de algunos—aunque fuesen muchos—echa en olvido, o conscientemente pasa en silencio el inmenso capital de genuino esfuerzo por la virtud, el espíritu de sacrificio, el amor fraterno, el heroísmo de santidad en tantos miembros de la Iglesia, manifiesta una ceguera injusta y reprobable. Y cuando luego se ve que la rígida medida con

que juzga a la odiada Iglesia, se deja al margen cuando se trata de otras sociedades que le son cercanas por sentimiento o interés, entonces se evidencia que, al mostrarse lastimado en su decantado sentido de pureza, se revela semejante a aquellos que, según la tajante frase del Salvador, ven la paja en ojo ajeno y no se dan cuenta de la viga en el propio.

También es menos pura la intención de aquellos que ponen por fin de su vocación lo que hay de humano en la Iglesia, hasta quizás hacer de ello un negocio bastardo; y si bien la potestad de quien está investido de la dignidad eclesiástica, fundada en Dios, no depende de su nivel humano y moral, sin embargo no hay época alguna, ni individuo, ni sociedad que no deba examinar sinceramente su conciencia, purificarse inexorablemente, renovarse profundamente en el sentir y en el obrar.

En nuestra Encíclica sobre el Sacerdocio y en la de la Acción Católica hemos llamado insistentemente la atención de todos los pertenecientes a la Iglesia, y particularmente de los Eclesiásticos, de los Religiosos y de los laicos que colaboran en el apostolado, sobre el sagrado deber de poner fe y conducta en la armonía exigida por la ley de Dios y reclamada con incansable insistencia por la Iglesia. También hoy Nos repetimos con gravedad profunda: no basta ser contado en la Iglesia de Cristo, es preciso ser en espíritu y verdad miembros vivos de esta Iglesia. Y lo son solamente los que están en gracia de Dios y caminan continuamente en su presencia, o por la inocencia o por la penitencia sincera y eficaz. Si el Apóstol de las gentes, «el vaso de elección», sujetaba su cuerpo al látigo de la mortificación, no fuera que, después de haber predicado a los otros, fuese él reprobado, ¿habrá por ventura para aquellos en cuyas manos está la custodia y el incremento del reino de Dios otro camino que el de la íntima unión del apostolado con la santificación propia?

Sólo así se demostrará a los hombres de hoy, y en primer lugar a los detractores de la Iglesia, que la sal de la tierra y la levadura del Cristianismo no se ha vuelto ineficaz, sino que es poderosa y capaz de renovar espiritualmente, y rejuvenecer a los que están en la duda y en el error, en la indiferencia y descarriados espiritualmente, flojos en la fe y alejados de Dios, de quien ellos—lo admitan o lo nieguen—están más necesitados que nunca. Una Cristiandad en que todos los miembros vigilen sobre sí mismos; que deseche toda tendencia a lo puramente exterior y mundano; que se atenga seriamente a los preceptos de Dios y de la Iglesia, y se mantenga por consiguiente en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo, podrá y deberá ser ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo, que busca sostén y dirección, si es que no se quiere que sobrevenga una enorme catástrofe o una decadencia indescriptible.

Toda reforma genuina y duradera ha tenido propiamente su origen en el santuario, en hombres inflamados e impulsados del amor de Dios

y del prójimo, los cuales, merced a su gran generosidad en corresponder a cualquier inspiración de Dios y a ponerla en práctica ante todo y en sí mismos, profundizando en humildad y con la seguridad de quien es llamado por Dios, llegaron a iluminar y renovar su época. Donde el celo de reformas no derivó de la pura fuente de la integridad personal, sino que fué efecto de la explosión de impulsos pasionales, en vez de construir destruyó, y fué frecuentemente punto de partida para errores todavía más funestos que los daños que se pretendía remediar. Es cierto que el espíritu de Dios sopla donde quiere (Jo 3, 8); de las piedras puede suscitar cumplidores de sus designios (Mat , 3, 9; Luc., 3, 8); y escoge los instrumentos de su voluntad según sus planes, no según los de los hombres. Pero El que ha fundado la Iglesia y la llamó a la vida en Pentecostés, no quiebra la estructura fundamental de la salvadora institución, por El mismo querida. Quien está movido por el espíritu de Dios observa, por esto mismo, una actitud exterior e interior de respeto hacia la Iglesia, noble fruto del árbol de la cruz, don del Espíritu Santo en Pentecostés al mundo necesitado de guía.

En vuestras regiones, Venerables Hermanos, se alzan voces, en coro cada vez más fuerte, que incitan a salir de la Iglesia, y surgen voceros que, por su posición oficial, intentan producir la impresión de que tal alejamiento de la Iglesia, y consiguientemente la infidelidad a Cristo Rey, es testimonio particularmente convincente y meritorio de su fidelidad al régimen presente. Con presiones, ocultas y manifiestas, con intimidaciones, con perspectivas de ventajas económicas, profesionales, civiles o de otro género, la adhesión a la fe de los católicos, y especialmente de algunas clases de funcionarios católicos, sufre una violencia tan ilegal como inhumana. Nos, paternalmente conmovido, sentimos y sufrimos profundamente con aquellos que han pagado a tan caro precio su adhesión a Cristo y a la Iglesia; pero se ha llegado ya a tal punto, que está en juego el fin último y más alto, la salvación o condenación, y en este caso, como único camino de salvación para el creyente, queda la senda de un generoso heroísmo. Cuando el tentador o el opresor se le acerque con las traidoras insinuaciones de que salga de la Iglesia, entonces no habrá más remedio que oponerle, aún a precio de los más graves sacrificios terrenos, la palabra del Salvador: «Apártate de mí Satanás, porque está escrito: al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo servirás» (Math., 4, 10; Luc. 4, 8). A la Iglesia por el contrario deberá dirigirse estas palabras: oh tú, que eres mi madre desde los días de mi infancia primera, mi fortaleza en la vida, mi abogada en la muerte; que la lengua se me pegue al paladar, si yo, cediendo a terrenas lisonjas o amenazas, llegase a traicionar mi voto bautismal. Finalmente aquellos que se hicieron la ilusión de poder conciliar con el abandono exterior de la Iglesia la fidelidad interior a ella, adviertan la severa palabra del Señor: «el que me niega ante los hombres, le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos» (Luc. 12, 9).

5.—Genuína fe en el Primado

La fe en la Iglesia no se mantendrá pura e incontaminada si no está apoyada en la fe al Primado del Obispo de Roma. En el mismo momento en que Pedro, adelantándose a los demás apóstoles y discípulos, profesó su fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, la respuesta de Cristo, que le premiaba por su fe y por haberla profesado, fué el anuncio de la fundación de su Iglesia, de la única Iglesia, sobre Pedro, la roca (Math., 16, 18). Por esto la fe en Cristo, en la Iglesia y en el Primado están en sagrada trabazón de mútua dependencia.

Una autoridad genuina y legal es doquiera un vínculo de unidad y manantial de fuerza, una defensa contra el resquebrajamiento y la disgregación, una garantía para el porvenir. Y esto se verifica en un sentido más alto y noble donde, como en el caso de la Iglesia, a tal autoridad se le ha prometido la asistencia sobrenatural del Espíritu Santo y su apoyo invencible.

Si personas que ni siquiera os están unidas en la fe de Cristo os embaucan y lisonjean con el fastama de una «iglesia nacional alemana», sabed que esto no es otra cosa que renegar de la única Iglesia de Cristo, una apostasía manifiesta del mandato de Cristo de evangelizar a todo el mundo, lo que sólo puede llevar a la práctica una Iglesia universal. El desarrollo histórico de otras iglesias nacionales, su entumecimiento espiritual, su opresión y servidumbre por parte de los poderes laicos, muestran la desolada esterilidad, que denuncia con irremediable certeza al sarmiento desgajado de la cepa vital de la Iglesia. Quien, ya de buen principio, opone a estas erróneas actividades un *no* alerta e irrevocable, presta un servicio no solamente a la pureza de su fe, sino también a la salud y fuerza vital de su pueblo.

(Continuará).

NECROLOGÍAS

El 23 del pasado mes de Abril, falleció en Agullar la R. M. Sor Dulce Nombre, Religiosa profesa del Convento de Dominicas de Porcuna (Jaén), llamada en el siglo doña Justina Ruiberriz de Torres y Aguilera. Tenía 83 años de edad y 66 de vida religiosa, Recibió los Santos Sacramentos y la Bendición de Su Santidad.

El día 25 del pasado Abril, falleció en el Convento de Religiosas Dominicas de Santa María de Gracia, de esta ciudad, la Hermana Sor Santo Domingo del Rosario, a los 80 años de edad y 57 de profesión religiosa; después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición de Su Santidad.

El día 1.º de Mayo actual, falleció en esta ciudad, el Hermano Pascual de Nuestra Señora de la Soledad Corella y Calvo, a los 72 años de edad y 40 de vida Eremítica; habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

R. I. P. A.